

Bajo la luz del porvenir me pierdo,
mirando los despojos que conservas
á la paz de los fúnebres cipreses...

Yo arrancaré del alma tu recuerdo,
como se arrancan esas malas hierbas
que se comen el jugo de las mieses!

LAS QUIMERAS PERDIDAS



I

Al separarse nuestras manos,
en la postrera despedida,
bajo los verdes naranjales
que deshojábanse á la brisa,
palidecimos, cual si en ellas
ambos dejáramos la vida.

Trémulas lágrimas lloraba,
trémulas lágrimas vertías,

que se mezclaban en tu cuello
como un collar de pedrería.

Te quise hablar; mas las palabras
entre los labios se me iban...
¿Cómo es posible que al marcharte
pudiese yo quedar con vida?
El corazón se desgarraba,
el alma entera se partía...

¿Cómo es posible que mis lágrimas,
si de mi propio pecho huían,
no te manchasen con la sangre
que goteaban mis heridas?

¡Entre mis labios aún aspiro
aquel perfume que tenían
tus blancas manos, al besarlas,
en la postrera despedida!...

¡Casto perfume de azahares
que deshojábanse en la brisa!

II

A mis oídos, la limosna
de tus palabras ¿por qué niegas?
A mis pupilas, que son tuyas,
¿por qué has prohibido que te vean?

Leyendo un libro de oraciones,
á Dios te entregas, y no piensas
en que hay mortales que tan sólo
por tu amor viven en la tierra.

Adoras las melancolías
 del viejo Otoño, y mientras, trémula,
 nocturna lluvia interminable
 en tus cristales lagrimea,
 á la luz tibia de la lámpara,
 sola en tu lecho, paladeas
 mieles de ensueño, en las estrofas
 de los románticos poetas.

¡Dichoso Bécquer! En tus labios
 sus versos mágicos resuenan,
 como oraciones que se pierden
 bajo las naves de una iglesia.

Mas él, de envidia moriría,
 si de tus labios los oyera,
 porque le das un sentimiento
 como jamás soñó el poeta!

III

¡Ay, abandona, peregrino,
 el fresco oasis de ese huerto,
 porque la sombra que tú amas
 nunca escuchar podrá tus ruegos!

¡Ay, pobre iluso ¿cómo quieres
 sembrar rosales en el viento?
 ¡No vuelvas más á aquella fuente
 que clara brota entre los fresnos,

donde un crepúsculo de estío
tus ojos ávidos la vieron
— ánfora de oro sobre el hombro,
collar de perlas en el cuello, —
embalsamando los rosales
con el perfume de su aliento.

No vuelvas más á aquella fuente,
ni en su frescor sacies, viajero,
la sed voraz que en ti dejaron
las arideces del desierto,
que están sus aguas tan amargas
como las flores del romero,
de tanto llanto como en ellas
mis ojos húmedos vertieron.

En vano, en vano, se ha marchado,
porque me queda su recuerdo,

como un tesoro, eternamente
oculto dentro de mi pecho...
¡Y cuanto más de mí se aleja
está más cerca de mis sueños!

IV

De la remota bruma
del recuerdo, surgir tu sombra veo...
Tu palidez lunática perfuma
de ensueño, mi Deseo...

Tienes ese prestigio indefinido
de las cosas que fueron y se han ido.
Purifican mi ardor las azucenas
de tu pureza, y, generosa, llenas

mi corazón de olvido,
con la ternura de tus manos buenas.

Se torna la mirada
casta, para mirarte
cruzar desnuda, mas inmaculada,
los lúbricos jardines de mi arte.

En vez de devorarte,
los leones más fieros,
como en los áureos códices cristianos,
vienen, como corderos,
á lamerte las plantas y las manos.

A tu presencia, como ante una de esas
encantadas princesas,
que toda refulgente
de joyas, entre aromas de incensarios,
sobre la giba de los dromedarios,
regresan de una fábula de Oriente,

todo enmudece y todo se prosterna
en un santo y fugaz recogimiento,
cual si trajese el viento
como el perfume de una cosa eterna!

V

Alma, que yaces como muerta
en la quietud crepuscular,
desnúdate, frente al remanso,
de toda cosa terrenal,
hasta que quedes transparente
como el más límpido cristal.

La vida pasa como un río
rodando á la eternidad...

¡la eternidad que empieza donde
dejan los ojos de mirar!

¡Alma, refleja en el remanso
de tus pupilas, la áurea paz
de este crepúsculo encantado
que sobre el agua, lento, va
desengarzando oros y púrpuras
como los gemas de un collar...

¡Guarda en tus ojos para siempre
la luz de tu felicidad,
para que luego su recuerdo
venga tus noches á alumbrar,
y te deslumbre con las joyas
de su tesoro sideral!

¡Dura tan poco la alegría,
y es tan efimera la paz

que antes que puedan nuestras manos
sus blancas rosas deshojar,
el leve aliento de la brisa
deja sin rosas el rosal!